

EL SENTIDO DE LA VIDA... ¿ENTRA EN EL EXAMEN?

POR ANDRÉS JIMÉNEZ ABAD

*Asesor de la Dirección General
de Educación. Gobierno de Navarra*

Introducción

Es bien conocida, al menos entre los iniciados, la afirmación kantiana de que «el campo de la filosofía se resume en las siguientes preguntas:

- 1) ¿Qué puedo saber?
- 2) ¿Qué debo hacer?
- 3) ¿Qué me es posible esperar?
- 4) ¿Qué es el hombre?

«De la primera pregunta, prosigue Kant, se ocupa la metafísica; de la segunda la moral; de la tercera la religión, y de la cuarta la antropología. Pero en realidad, todas ellas se podrían incluir en la antropología, pues las tres primeras preguntas se refieren a la última» (*Lógica*, VIII).

Sin llegar a tomar esta afirmación en sus implicaciones más ambiciosas, parece indudable que la pregunta por el ser y por el sentido último de las cosas implica una puesta en juego del ser y del sentido último del hombre que así se interroga y, así mismo, que la comprensión que pueda alcanzarse del ser humano es una clave decisiva para el

estudio y valoración de la mayor parte de las cuestiones, filosóficas o no, que el hombre aborda.

De ahí que en una primera aproximación a la filosofía, como es el caso del bachillerato o de la educación secundaria, debe ocupar un lugar relevante el acercamiento de los jóvenes a una comprensión de lo que es el hombre, de sus dimensiones constitutivas, de su capacidad y necesidad de sentido. Ahora bien, ¿tiene esto *interés* hoy en educación?

La generalización del pragmatismo

Decía Hegel que es misión del filósofo pensar el propio tiempo. Si, por seguir su aseveración, nos atreviéramos a caracterizar el perfil de nuestra época, habría que decir entre otras cosas que el discurso economicista, el dominante en nuestros días, presenta un carácter marcadamente narcisista y pragmático.

El *narcisismo* es una postura que se propone en todo la consecución a ultranza del propio éxito, es la desmesura en el aprecio y estima de sí mismo. El *pragmatismo*, por su parte, da prioridad a la eficacia sobre la verdad —tanto la verdad del conocimiento como la verdad moral—. El hombre pragmático, desentendiéndose de lo que son en sí mismas las cosas y de las exigencias que se desprenden del valor propio de aquéllas, considera como interesante y valioso sólo lo que responde y se ajusta a sus deseos. Para él, en última instancia, «el fin justifica los medios». Pero no hay más fin, en última instancia, que las decisiones de su propia voluntad.

Casi todas las decisiones, tanto las de mayor calado —las que afectan a la macroeconomía o a la geopolítica— como las más cotidianas —nuestras diversiones, la forma de vestir y de aparecer ante los demás, los estudios que buscan los padres para sus hijos, el modo en que desempeñamos nuestro trabajo, los motivos para la elección de carrera, entre otras— persiguen el éxito, la rentabilidad máxima y el prestigio, el «quedar bien», cosa en principio legítima, pero en no pocos casos, tristemente frecuentes, procurándolo a cualquier precio.

Esta forma de considerar las cosas y de mirar al mundo se apoya en la convicción de que *el saber es un poder*. No persigue descubrir la verdadera realidad de las cosas para conocer sus virtualidades y gozarse en su contemplación, sino que se sirve del cálculo y de la intervención arbitraria para establecer un control efectivo y dominador sobre ellas y lograr de este modo una cierta autoafirmación o autosuficiencia. Es representativa al respecto la concepción hobbesiana del conoci-

miento, según la cual conocer una cosa significa saber qué se puede hacer con ella cuando se tiene.

Esta caracterización se deja percibir también en los ámbitos educativos, manifestándose en lo que podemos denominar «*pragmatismo académico*». Una de sus manifestaciones sería el utilitarismo presente en determinadas actitudes y principios, según los cuales la educación es un instrumento de socialización generador de cierto tipo de ciudadanos, útiles para el sistema, o simplemente, desde el punto de vista de estos últimos, un medio adecuado para el logro de una posición social, para un puesto de trabajo estable y bien remunerado. Es lógico que en una sociedad en la que el dinero tiene una enorme importancia se valoren muchas cosas según ayuden o no a obtenerlo, y con mayor inmediatez.

Se distingue así, de hecho, entre carreras, áreas o asignaturas útiles o inútiles, que sirven para algo o no sirven para nada. El que desde épocas recientes no se hallen las humanidades entre los estudios y opciones más solicitadas, por su presunta poca utilidad, se ha convertido en un claro síntoma del pragmatismo que caracteriza a las sociedades cuyo *ethos* es básicamente economicista.

Existe otro dilema, también indicativo de la mentalidad a la que nos venimos refiriendo: «¿Qué es preferible: saber, aunque no se apruebe, o aprobar aunque no se sepa?»; no pocos se lo pensarían, quizás, a la hora de responder. Y otros muchos no lo dudarían un instante si está en juego el acceso a la universidad, a un curso superior, a una ayuda económica o a un puesto de trabajo. Que se posea o no la adecuada capacidad para asumir la nueva responsabilidad sería en este caso algo secundario. No se trata ya de saltarse pícaramente una norma de equidad, copiando en un examen. Se ventila algo más profundo: tal modo de proceder se ha generalizado hasta el punto de que la norma—esa norma que distingue lo justo de lo injusto, lo bueno de lo malo— ha perdido su sentido, y el pragmatismo se ha convertido en *ethos*, en pauta general de las conductas, y su única referencia es el poder y el éxito.

No vamos a examinar en este lugar la conveniencia o no de los exámenes, o cómo ha de entenderse la evaluación educativa. Lo que nos interesa ahora es el hecho de que el medio ha suplantado al fin: que los alumnos en una gran parte de los casos, persiguen como única meta de sus estudios el superar los exámenes, tras los cuales lo estudiado se sume en el olvido; que muchos padres alientan esa pretensión en sus hijos y les inculcan la codicia de los mejores resultados para obtener, por encima de todo, una buena colocación; que las recompensas sociales establecidas premian en todo caso a los mejores del reba-

ño. No es extraño que si alguien, pongamos un profesor, plantea la pregunta por el sentido de la vida e invita a su indagación, tenga que escuchar como réplica la pregunta que da título a este trabajo.

No es, desde luego, cuestión de palabras. El profesor Joseph Rassam ha observado que la filosofía no tiene sentido ni fuerza más que por su referencia a lo real, y recordaba el caso de un alumno que se quejaba en cierta ocasión: «—Señor, la filosofía es difícil porque sólo maneja abstracciones»; y al rogarle que pusiera un ejemplo de esas abstracciones de las que se nutre la reflexión filosófica, después de haberlo pensado bien, respondió: «—La muerte». La ironía del destino es siempre cruel, termina Rassam; al año siguiente ese joven moría en atroces circunstancias (Cfr. Rassam, 1979).

Contra la tiranía de los medios

La mentalidad pragmática, sin embargo, conduce al nihilismo, al sinsentido radical. Su mirada es febril, vertiginosa, pero superficial e incapaz por ello de ofrecer fundamento a la vida y a las acciones. Es correr muy de prisa hacia ninguna parte, viajar en un lujoso tren de alta velocidad cuyo destino se desconoce. «Se tiene a menudo la impresión de que los seres humanos, sin saber dar a su vida una meta, corren y se afanan con velocidad cada vez más acelerada, precisamente para no caer en la cuenta de que no van hacia ningún sitio» (Frankl, 1978, 181).

Solía decir Einstein que la nuestra es una época de medios perfectos y de metas confusas. Pero es el fin el que da sentido a los medios. Sin un fin que les dé sentido, los medios dejan de serlo, ya no sirven porque *no se sabe para lo que* sirven. El pragmatismo repudia otros ideales distintos de la propia eficiencia y por eso cae en el vértigo caleidoscópico de un mundo sin valores, en el que se han borrado las fronteras entre el bien y el mal, entre lo digno y lo indigno. Y es en este contexto socioeducativo -o «sociodeseducativo»- donde cabe preguntar si interesa o no enseñar a plantearse el sentido último de la vida, es decir, enseñar a filosofar.

Toda auténtica filosofía es una búsqueda tenaz de la verdad del ser para el conocimiento teórico y práctico. Esa misma verdad se muestra como bien y como belleza al querer humano. Tomada como actitud, como disposición radical de la persona, la filosofía es la búsqueda del fundamento último de las cosas, y sus adquisiciones son claves de interpretación, comprensión y orientación de la vida humana. Como hecho cultural, es la prueba de que al hombre no le basta con vivir,

sino que necesita encontrar sentido y fundamento a su existencia y a su vida. La vida humana reclama esencialmente un sentido, una trascendencia: si todo estriba en sobrevivir holgadamente y se acaba con la muerte, entonces vivimos y sobrevivimos para nada, y ninguna cosa en esta vida tendrá sentido. Todo resulta intrascendente, insignificante, absurdo. Porque en todo hombre hay una «vocación de realidad», una tendencia constitutiva a desplegar las capacidades de su naturaleza, que necesitan ser actualizadas de forma responsable y creativa, acordemente con su dignidad de persona (Cfr. García Hoz, 1993, 47 y ss.).

La verdadera filosofía, entendida como una forma de saber que se sirve de la razón para descubrir las causas y fundamentos más radicales de las cosas, presenta de por sí una vocación de ultimidad. Es el esfuerzo de la razón y del hombre entero por librarse de la tiranía de los medios, por trascender el estrecho ámbito de las necesidades inmediatas para averiguar los porqués de su vida. La consideración de las dimensiones más profundas de la realidad hace posible plantearse el sentido de las cosas y del hombre mismo. Nada más lejos del ejercicio caprichoso de la inteligencia, de las meras sutilezas del ingenio.

Es la diferencia que existe entre Sócrates y el sofista. Ningún sofista podría afirmar ante sus jueces: «Atenienses, os respeto y os amo; pero obedeceré a Dios antes que a vosotros y, mientras yo viva, no dejaré de filosofar, (...) diciendo a cada uno de vosotros cuando os encuentre: Amigo, ¿cómo no te avergüenzas de no haber pensado más que en amontonar riquezas, en adquirir crédito y honores, en despreciar los tesoros de la verdad y de la sabiduría y de no trabajar para hacer tu alma tan buena como pueda serlo?» (Platón, 169, 29d-e). Ningún pragmático pensaría, como el anciano maestro de Platón, que es preferible padecer una ofensa a cometerla. Para él, la verdad y su búsqueda eran un compromiso de la entera existencia. Nuestra pregunta es: ¿se puede soportar una vida insustancial, gregaria, semejante al funcionamiento de una pieza dentro de un inmenso engranaje?, ¿sirve de algo tener llenos los bolsillos cuando está vacío el corazón?. Porque, como decía Séneca, «cuando el marino no conoce el norte, todos los vientos le son adversos».

Por eso no vale tampoco una filosofía cualquiera, se hace precisa, en primer lugar, una permanente actitud de búsqueda de la verdad y del fundamento de la realidad. En segundo lugar, la integración de los saberes en una síntesis coherente que ayude al conocimiento del ser humano y de su lugar en el mundo así como a la orientación de su vida. Hay que dar respuesta a la existencia del mal y del sufrimiento. Es preciso mostrar los vínculos que unen al ser humano con los demás

seres dentro de un tejido de relaciones de mutua dependencia, que hacen posible su vida y que le incorporan a una tradición viva para edificar sobre lo valioso que han legado las generaciones pasadas, colaborando con las presentes y facilitando el vivir de las futuras. Es preciso mostrar por qué para el hombre vivir es convivir y ser responsable de la vida. Cuál es el origen y alcance de su dignidad y las exigencias individuales y sociales de ésta. Cuál es el sentido del trabajo y del amor.

La enseñanza de la filosofía

Pero no sólo hay que discernir entre filosofías a la hora de plantear o de suscitar la inquietud sobre el sentido de la vida. También es preciso distinguir entre los modos de enseñar filosofía, o a filosofar.

En una encuesta realizada recientemente entre alumnos de bachillerato acerca de lo que entienden por filosofía, menudean impresiones como las siguientes, que no me resigno a eludir, aunque pueden provocar entre mis colegas algún sonrojo:

Alumnos de tercero de BUP:

—«Un rollo que no sabemos a cuento de qué viene».

—«Un libro que el profesor se empeñó en que aprendiéramos».

—«Una asignatura más, pero con menos utilidad».

—«Plantearse problemas nuevos e interesantes».

—«Comerse el coco para hacerse un lío».

Pasemos a COU:

—«La filosofía de COU es un conjunto de 'opiniones' que hay que aprenderse porque lo dice el profesor».

—«La filosofía de COU es saber que unos señores han dicho algo, no sabemos a cuento de qué, y comprobar que otros dicen lo contrario».

—«Es algo que entra en la selectividad».

—«Es algo bonito, tratar temas que tienen que ver con la vida y ver cómo unos señores han pensado sobre eso».

Escuchemos ahora opiniones sobre la Etica:

—«Es hablar de los temas de siempre, el aborto, el divorcio, las drogas, la ecología y ver lo que opinamos».

—«Hacer trabajos de cualquier cosa actual, pero poco seria».

—«Es como una videoteca y luego decimos lo que se nos ocurre».

—«Es la asignatura que más me ha ayudado en todo el bachillerato».

Puede resultar muy elocuente recordar como contraste algunos de los objetivos propuestos en cualquier programación al uso, es decir, el modo en que justificamos ante la Administración, los alumnos y la sociedad la aportación de la filosofía al currículo escolar:

—«La filosofía pretende crear en los alumnos un hábito de pensamiento riguroso, crítico y creativo».

—«La filosofía enseña al alumno nuevas parcelas de la realidad y a situarse en las mismas».

—«La filosofía y la historia de la filosofía pretenden acercarse a la unidad implícita en todo el saber humano». (Cfr. Gómez Trinidad, 1992)

No olvidemos que este contraste, además de poner en evidencia importantes lagunas didácticas, delata también una crisis de la filosofía y de la sociedad, marcadas por la desorientación y el desencanto.

Los profesores de filosofía tenemos que esforzarnos por realizar una labor de calidad, siendo consecuentes con la responsabilidad que supone la iniciación en el estudio de los últimos porqués de la realidad, y tenemos que evaluar los métodos, los contenidos y los resultados de nuestras clases. Pero es preciso advertir también que, por muy excelente que sea algo, poco ayudará si no conseguimos que se utilice. En esta situación se halla hoy la filosofía, no sólo en las aulas, sino también en muchos órdenes de la vida. Precisamente hoy, cuando en todo género de actividades proliferan las «filosofías de».

Convendría, en fin, corregir algunos excesos y defectos en la enseñanza de la filosofía (dogmatismo, relativismo, criticismo, reduccionismo, erudicionismo...) y devolverle su triple vocación primigenia: búsqueda de la verdad, síntesis de los saberes, escuela de pensamiento (Cfr. Gómez Trinidad, *o. c.*).

La filosofía, lo mismo que la ciencia, la técnica o el arte, no es una abstracción, sino un hábito, una disposición de la persona que se incorpora en mayor o menor medida a un patrimonio común. La filosofía es una virtud intelectual. Y como la virtud no se puede enseñar teóricamente, sino *en y desde* la práctica, se hace imprescindible el trato frecuente y habitual con personas que hagan brillar esa virtud. «La libertad interior, la agudeza y el rigor intelectual, la capacidad de

discernir, o, lo que es lo mismo, la capacidad de mirar atenta, profunda y apasionadamente a la realidad, la creatividad para afrontar los problemas, son cualidades estrictamente personales. No pueden ser universalizadas en estereotipos. Cuando esas cualidades se dan, se dan vivas en una persona con toda la singularidad de la persona» (Ruiz Retegui, 1990). Pero hay más. Y es que la filosofía, que tradicionalmente se ha definido según su etimología como «amor al saber», más aún que esto, y salvando también la fidelidad etimológica, es ante todo «saber amar», aprender a descubrir y valorar la bondad latente o manifiesta en la realidad, dejar a las cosas ser lo que son y ver en ellas una donación que se nos hace y que nos desborda, y de la que es preciso participar responsablemente. (Jiménez Abad, 1991, 277 y ss.) Pero todo esto no es posible sin la presencia del maestro.

No son los métodos los que hacen bueno al maestro, sino el maestro el que hace buenos los métodos. No pretendemos desdeñar el saber, sino que la filosofía se encarne en la vida del maestro como un compromiso por la verdad. La actitud, el comportamiento, la manera de ser, son la respuesta del maestro a la presencia cargada de interrogantes de sus alumnos. Como recordaba un gran profesor, «se educa más por lo que uno es que por lo que sabe; de la misma manera que se enseña mejor lo que se es que lo que se sabe. El poder del educador y del profesor depende por tanto menos de las palabras que de la presencia total y silenciosa que los alumnos discernen -con mayor facilidad de lo que creemos- del hombre que hay en el maestro y del posible amigo que hay tras el hombre.» (Rassam, 1979).

El conflicto de referencias contrapuestas que se suscitan hoy por todas partes hacen urgente que la asignatura de filosofía sea una *experiencia filosófica rigurosa y llena de sugerencias* que ayude a los jóvenes a enjuiciar el mundo y a situarse en él, que les brinde la posibilidad de conocerse a sí mismos y de configurar una escala de valores acorde con la dignidad personal del ser humano.

Quiero traer aquí una vivencia personal que marcó significativamente mi trayectoria profesional y humana en mi primer año de trabajo como profesor. Hablaba en cierta ocasión con una joven alumna de dieciséis años, a la que urgía para que luchase contra su adicción a la heroína. Ante mí tenía unos ojos sin brillo, el tedio dibujándose en un rostro demacrado, la desconfianza a flor de piel. Sólo una mueca displicente, una respuesta sin luz; para mí, un mazazo: «—¿Y para qué voy a dejarlo?. Nadie me ha enseñado nada mejor».

Mi reto personal —más aún que profesional— ha sido desde enton-

ces ahondar en el misterio humano y suscitar toda la luz de que fuese capaz, ofreciéndola a través de mi enseñanza como una ayuda, como una invitación a la vida. Sinceramente, creo que es un buen «negocio».

Después de todo, lo peor que me puede pasar es lo que se cuenta de aquel soldado renano, un tanto ingenuo, que, en una de las batallas de la guerra franco-prusiana, saltó entre los dos frentes gritando: «¡No disparéis majaderos! ¿No veis que hay gente?». Quizás el majadero era él... ¿o quizás no?. Y si de exámenes se trata, tal vez no esté de más recordar aquellas palabras de Juan de la Cruz: «En el atardecer de la vida, nos examinarán de amor».

Dirección del autor: Andrés Jiménez Abad *C/ Iturrama 25 bajo. 31007 Pamplona ESPAÑA.*

Fecha de recepción de la versión definitiva de este artículo: 1.V.1994.

BIBLIOGRAFIA

- FRANKL, V.E. (1978) *Psicoanálisis y existencialismo*. (México, F.C.E.).
 — (1980) *El hombre en busca de sentido*. (Barcelona, Herder).
 GARCIA HOZ, V. (1993) *Introducción General a una Pedagogía de la Persona*. (Madrid, Rialp).
 GOMEZ TRINIDAD, J.A. (1992) *Errores frecuentes en la enseñanza de la filosofía*. (Pamplona, Cuadernos Anuario Filosófico).
 JIMENEZ ABAD, A. (1991) Persona, amor y libertad, en VV.AA. *Enseñanza de la Filosofía en la Educación Secundaria*. (Madrid, Rialp).
 KANT, E. *Lógica*. Ed. Cassirer.
 PLATON (1990) *Apología de Sócrates*. (Madrid, Gredos).
 RASSAM, J. (1979) Le professeur et les élèves, *Revue Thomiste*, 76.
 RUIZ RETEGUI, A. (1990) Maestros y profesores, *Nuestro Tiempo*, marzo.

SUMMARY: THE SENS OF LIFE... IS INCLUDED IN THE EXAM?

In modern times we tend to pragmatism as an «ethos» which supreme reference is power and success. The pragmatic mentality, also present in education, makes it possible that means take the place of ends. This, however, leads us towards nihilism: it offers perfect means but its goals are confusing.

The crucial question is if the teaching of philosophy is of any interest nowadays, if we want to think about the final meaning of life. It is essential to recover the figure of the teacher, someone who teaches with his, her life how to discover and value the goodness of things. Socrates thinks that the searching for the truth is a commitment with one's existence.

As opposed to so many personal and collective disillusionings, the teaching of philosophy has to be a rigorous philosophic experience full with suggestions and, above all, an invitation to life.

KEY WORDS: Ends of education, meaning, philosophy, pragmatism.